

La Transfiguración

Jesús había anunciado el evangelio del reino en todo el territorio donde realizó su ministerio. Sus discípulos y quienes lo escuchaban entendieron que el reino prometido por los profetas estaba cerca de instaurarse, pues el Rey mismo estaba en Israel. Las señales y prodigios que realizaba confirmaban que Él era el Mesías esperado desde siglos antes (*Isaías 35:5-6, Mateo 11:2-5*).

Sin embargo, aunque Jesús sanaba a los enfermos, daba vista a los ciegos y echaba fuera demonios (*Mateo 8:16-17*), no se manifestaba aún en acciones concretas respecto al establecimiento del reino. En Cesarea de Filipos, Pedro proclamó: *“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”* (*Mateo 16:16*). Jesús le confirmó que esta revelación venía de Dios, pero en lugar de anunciar la instauración inmediata del reino, les habló sobre su sufrimiento, muerte y resurrección (*Mateo 16:21*). Esto contrastaba con la idea que los judíos tenían del Mesías, ya que esperaban un libertador político, no un siervo sufriente (*Isaías 53:3-5*).

Para fortalecer su fe, Jesús les dio un adelanto del reino, mostrando su gloria como Hijo de Dios en la transfiguración. Este evento sería un anticipo de la venida futura del Hijo del Hombre en gloria (*Mateo 24:30*). Además, demostraría que la muerte de Jesús no sería el final, sino el comienzo del plan divino para la redención del mundo.

1. La indicación previa

Días antes de la transfiguración, Jesús hizo una declaración impactante:

“De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino” (*Mateo 16:28*).

Esta misma afirmación se recoge en los evangelios de Marcos y Lucas:

“De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que hayan visto el reino de Dios venido con poder” (*Marcos 9:1*).

“Pero os digo en verdad, que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios” (*Lucas 9:27*).

Esta promesa se cumplió en la transfiguración, donde Pedro, Jacobo y Juan vieron la manifestación gloriosa de Cristo en su majestad, como lo será en su segunda venida (*2 Pedro 1:16-18*). Este evento también confirmaba que el reino de Dios no solo era un futuro gobierno terrenal, sino una realidad espiritual presente (*Colosenses 1:13*).

2. El evento de la transfiguración

Seis días después del anuncio de Jesús (*Marcos 9:2*), tomó consigo a Pedro, Jacobo y Juan y los llevó a un monte alto. Lucas menciona “*como ocho días después*” (*Lucas 9:28*), lo que se debe a una diferencia en el cálculo del tiempo (contando días parciales al estilo judío).

Algunos sugieren que este monte podría haber sido el Monte Hermon, cerca de Cesarea de Filipos, con una altura de 2,800 metros. Otros piensan que fue el Monte Tabor, aunque su ubicación hace esto menos probable.

La transformación de Jesús

En el monte, Jesús se *transfiguró* delante de ellos:

“Y se transfiguró delante de ellos; y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz” (*Mateo 17:2*).

“Y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como la nieve, tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos” (*Marcos 9:3*).

El término griego para *transfiguró* es *metamorfóo*, que significa “cambiar de forma”. Su apariencia cambió para reflejar su gloria divina, que normalmente estaba velada por su humanidad (*Filipenses 2:6-7*). Su rostro brilló como el sol, y sus vestiduras resplandecieron con una luz sobrenatural.

La aparición de Moisés y Elías

En medio de esta gloriosa manifestación, aparecieron Moisés y Elías conversando con Jesús:

“Y les aparecieron Elías con Moisés, que hablaban con Jesús” (*Marcos 9:4*).

Lucas añade que hablaban sobre la “*partida que Jesús había de cumplir en Jerusalén*” (*Lucas 9:31*), refiriéndose a su muerte, resurrección y ascensión. Moisés representaba la Ley y Elías a los

Profetas, ambos señalaban a Cristo como el cumplimiento de las Escrituras (*Lucas 24:27*).

La propuesta de Pedro

Pedro, abrumado por la escena, reaccionó impulsivamente:

“Entonces Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí; y hagamos tres enramadas, una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías” (Marcos 9:5).

“No sabiendo lo que decía, porque estaban asustados” (Lucas 9:33).

Pedro pensaba que la gloria del reino ya había llegado y quería prolongar la experiencia. Sin embargo, su propuesta implicaba poner a Moisés y Elías al mismo nivel que Jesús, lo que era un error.

3. El Anticipo del Reino

La transfiguración no fue solo una revelación gloriosa de Cristo, sino también un **adelanto profético** de lo que será la manifestación final del Reino de Dios en la tierra. Fue una confirmación para los discípulos de que el reino del Mesías no se basaría en expectativas políticas inmediatas, sino en un futuro cumplimiento glorioso.

Pedro, testigo presencial de la transfiguración, lo confirmó años después en su segunda carta:

“Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo.” (2 Pedro 1:16-18).

Pedro afirma que la transfiguración fue un **anticipo visible de la gloria de Cristo en su segunda venida**, cuando volverá con poder y majestad como Rey de reyes (*Apocalipsis 19:16*).

El Reino de Dios: Presente y Futuro

La transfiguración dejó claro que el Reino de Dios tiene **dos dimensiones**:

1. Una realidad presente y espiritual:

Jesús ya había anunciado que el reino de Dios se había acercado (*Marcos 1:15*). Al venir al mundo, estableció su reino en los corazones de aquellos que creen en Él. La Iglesia forma parte de esta fase espiritual del reino (*Colosenses 1:13*).

2. Un cumplimiento futuro y glorioso:

Aunque Jesús es ya el Rey (*Filipenses 2:9-11*), aún no ejerce su reinado en la tierra en su plenitud. La transfiguración mostró cómo será su futura manifestación en gloria cuando regrese para establecer su reino milenario (*Apocalipsis 20:4-6*).

Los Personajes en la Transfiguración y su Relación con el Reino

La presencia de **Moisés y Elías** en la transfiguración es clave para entender este **anticipo del Reino**. Representan dos grupos importantes que estarán en la segunda venida de Cristo:

- **Moisés:** Representa a los creyentes que han muerto y serán resucitados para el Reino (*Daniel 12:2, 1 Corintios 15:22-23*).
- **Elías:** Representa a los que serán arrebatados sin pasar por la muerte (*1 Tesalonicenses 4:16-17*).

Así como Moisés y Elías aparecen con Cristo en gloria en la transfiguración, los santos también serán glorificados en su regreso. Esto cumple lo dicho por Jesús:

“Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria.”
(*Mateo 25:31*).

La Nube de Gloria: La Presencia de Dios

Durante la transfiguración, una nube cubrió a los discípulos y se oyó la voz del Padre (*Marcos 9:7*).

En la Biblia, la nube simboliza la **presencia de Dios** (*Éxodo 40:34-35, 1 Reyes 8:10-11*). En la segunda venida, Cristo vendrá con las nubes de gloria (*Mateo 24:30, Apocalipsis 1:7*), acompañado de sus santos.

La transfiguración mostró en miniatura cómo será ese glorioso momento, cuando Cristo reinará con poder sobre la tierra.

Conclusión del Anticipo del Reino

La transfiguración fue un **vistazo anticipado del Reino en su plenitud**. Mostró que:

- Cristo regresará en gloria y majestad.
- Moisés y Elías representan a los santos glorificados.
- La nube de gloria prefigura la segunda venida.
- El Reino de Dios tiene una realidad presente (espiritual) y un futuro cumplimiento literal.

Jesús permitió que Pedro, Jacobo y Juan vieran este adelanto **para fortalecer su fe** ante los eventos de la cruz. Y nos deja un mensaje claro:

“A él oíd” (Marcos 9:7).

El Reino ya ha comenzado en nuestros corazones, pero su manifestación gloriosa está por venir.

4. El testimonio del Padre

Mientras Pedro hablaba, una nube luminosa los cubrió, y se oyó una voz desde la nube:

“Este es mi Hijo amado; a él oíd” (Marcos 9:7, Mateo 17:5, Lucas 9:35).

Esta fue una confirmación divina de la identidad de Jesús, similar a la declaración en su bautismo (*Mateo 3:17*). Dios ordenó que escucharan a Jesús, indicando que su enseñanza superaba la Ley y los Profetas.

Al desaparecer Moisés y Elías, los discípulos vieron solo a Jesús:

“Y cuando miraron, no vieron más a nadie consigo, sino a Jesús solo” (Marcos 9:8).

Esto enfatizaba que Cristo es el único mediador entre Dios y los hombres (*1 Timoteo 2:5*).

Al descender del monte, Jesús les ordenó:

“A nadie digáis la visión, hasta que el Hijo del Hombre resucite de los muertos” (Mateo 17:9, Marcos 9:9).

Los discípulos no entendían qué significaba la resurrección:

“Y guardaron la palabra entre sí, discutiendo qué sería aquello de resucitar de los muertos” (Marcos 9:10).

Esto muestra que aún no comprendían el propósito del Mesías. Más tarde, Pedro testificó que este evento confirmó la venida gloriosa de Cristo (2 Pedro 1:16-18).

5. Conclusión

La transfiguración fue un evento clave en el ministerio de Jesús, mostrando su divinidad, confirmando su misión y anticipando su segunda venida. Moisés y Elías testificaron que Jesús es el cumplimiento de la Ley y los Profetas. El testimonio del Padre dejó claro que solo Jesús debe ser escuchado. Este evento fortaleció la fe de los discípulos y sirvió como un anticipo del reino glorioso que vendrá.